

El nacimiento del hombre

La noción de violencia en “Los Condenados de la Tierra” de Frantz Fanon

Por Flavia Romero

Dos poetas latinoamericanos acuden a la memoria al leer la obra de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*. Uno de ellos es el chileno Nicanor Parra, que en su poema *Advertencia*, finaliza diciendo “Además una cosa: Yo no tengo ningún inconveniente en meterme en camisa de once varas”. El segundo es el poeta argentino Juan Gelman, que escribe en su poema *Confianzas*: “Con este poema no tomarás el poder’ dice, ‘Con estos versos no harás la revolución’ dice, Se sienta a la mesa y escribe”.

La escritura de esta obra destila sin dudas coraje -en el doble sentido, como valor de decir y como hastío de vivenciar- con una intencionalidad que quedó plasmada en su escritura no sólo de modo declamativo, sino con carácter propositivo.

Fanon fue un psiquiatra y filósofo nacido en 1925 en la isla Martinica, colonia francesa ubicada en las Antillas Menores (un grupo de islas en el mar Caribe), y también un revolucionario -que a mediados de los cincuenta se estableció en Argelia donde se transformó en activo militante del Frente de Liberación Nacional para combatir contra la dominación colonial francesa. Los condenados de la tierra -su último libro- fue

escrito en 1961, con prefacio de Jean Paul Sartre y recuperado particularmente a fines del siglo XX por los estudios poscoloniales y decoloniales.

En el primer párrafo de su libro el autor plantea que “La descolonización es siempre un fenómeno violento” (2007, pag. 25) lo que marca desde el inicio de la obra la intención en términos de acción política con sentido revolucionario y una comprensión de la violencia como herramienta política legítima; cuestión que queda en evidencia también desde el título del primer capítulo que aquí analizamos: la violencia.

Esa violencia no sólo es planteada como el único modo de romper el yugo colonial, sino que además Fanon plantea lo constitutivo de ésta en la relación entre colono y colonizado. La violencia ha sido construida históricamente a través de un sistema de explotación colonialista sostenido por la fuerza simbólica pero también física, con la presencia en las regiones coloniales de gendarmes y soldados como “intervenciones directas y frecuentes, (que) mantienen el contacto con el colonizado y le aconsejan, a golpes de culata o incendiando sus poblados, que no se mueva” (2007, pág. 27). Frente a la diferencia numérica entre colono y colonizado que indica una relación de masas, el colono opone su fuerza y el colonizado responde con una contraviolencia.

Para el autor, en términos territoriales, el mundo colonizado es un mundo compartimentalizado, partido en dos, en el que la línea divisoria está indicada por los cuarteles y las delegaciones de policía como voceros del colono que utilizan el lenguaje de la violencia.

Esa territorialización define zonas opuestas y excluyentes habitadas por colonos y colonizados. “La ciudad del colono es una ciudad dura, toda de piedra y hierro. Es una

ciudad iluminada, asfaltada, donde los cubos de basura están siempre llenos de restos desconocidos, nunca vistos, ni siquiera soñados”, ciudad de blancos y extranjeros; en cambio la ciudad del colonizado es la reserva de mala fama, “allí se nace en cualquier parte, de cualquier manera. Se muere en cualquier parte, de cualquier cosa”, es un mundo en el cual “los hombres están unos sobre otros, las casuchas unas sobre otras. La ciudad del colonizado es una ciudad hambrienta, hambrienta de pan, de carne, de zapatos, de carbón, de luz” (2007, pág. 28), lo cual despierta el deseo de posesión por parte del colonizado.

Pertenecer a una u otra zona de la ciudad remarca un criterio de raza que impregna las divisiones del mundo colonial, y en un maniqueísmo el colono le adscribe al colonizado las características del mal absoluto hasta el punto de hablar de él en un lenguaje zoológico, y este discurso se sostiene hasta que el colonizado reconoce la supremacía del colono blanco. Fanon plantea que sólo en el período de descolonización esto se ve revertido por las masas, y allí “El colonizado descubre lo real y lo transforma en el movimiento de su praxis, en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de liberación” (2007, pág. 43).

Cuando este contexto se presenta, la burguesía colonialista combate en el terreno de la cultura y de los valores, pero el pueblo colonizado considera esenciales valores más concretos como el pan y el trabajo. Para Fanon, esa burguesía colonialista encuentra sus socios en las elites intelectuales y los partidos políticos que en el plano del “universal abstracto” intentarán oficiar de pacificadores en el mundo nuevo, proponiendo nuevas vías a la violencia del colonizado y replicando el pensamiento y formas de esa burguesía colonial, proclamando principios pero absteniéndose

de dar consignas claras, con actitudes que tienden al reformismo.

El colono sabe que hace historia, pero es la historia de la metrópoli de la cual él es prolongación, de modo que se encuentra escribiendo la historia de su nación y no la de la colonia. Sin embargo, cuando el colonizado se moviliza y hace suya la lucha armada esto genera un proceso de organización que le da sentido y dirección al pueblo introduciendo la idea de causa común en las conciencias y de destino nacional como historia colectiva, “Así la segunda fase, la de la construcción de la nación, se facilita por la existencia de esa mezcla hecha de sangre y cólera” (2007, pág. 73).

Claro que según el autor el proceso de descolonización tiene sus costos, sumiendo a los pueblos de regiones subdesarrolladas en la miseria, en contraposición a la opulencia europea lograda a costas del saqueo y la explotación, volviendo a la otrora colonia dependiente económicamente.

De esta forma advierte que la retirada formal del territorio por parte de las fuerzas coloniales no es garantía de independencia, ya que el capitalismo es la continuidad de la relación imperialista que puede advertirse a través de matanzas, trabajos forzados, esclavitud y guerras como modos de incrementar riquezas; todos aspectos que se podían reconocer rápidamente en el mundo colonial.

Finalmente, cierra el capítulo con la misma intencionalidad propositiva con la que dio inicio. Para Fanon el llamado tercer mundo - los condenados-, espera del pueblo europeo la ayuda para hacer triunfar al hombre, lo cual será posible cuando las masas europeas reconozcan y se alineen frente al amo común, “decidan despertarse, se despolven el cerebro y abandonen el juego

irresponsable de la bella durmiente del bosque” (2007, pág. 83).

De este modo, este clásico de la segunda mitad del siglo XX, nos deja en su primer capítulo una preocupación por pensar las características que se hacen palpables en las colonias pero que resultan extrapolables a otros territorios, en los que vemos las marcas de un capitalismo que no tiene nada que envidiarle al imperialismo y frente al que nuestro autor piensa alternativas sociales colectivas que reconozcan la violencia de la que han sido hijas, y a su vez puedan responder activamente con una contraviolencia que permita nacer a los hombres de su tierra.

Parafraseando a Gelman, con este libro no tomarás el poder, con este libro no harás la Revolución, ni con miles de libros harás la Revolución, nos decimos mientras nos sentamos a la mesa a escribir.

Referencias

- FANON, Frantz. Los condenados de la tierra. Kolectivo Editorial “Último Recurso” Rosario – Santa Fe – Argentina, 2007.